



EN EL NOMBRE DE JESÚS Y DE MARIA

---

PREGUNTAS

hechas á nuestro bienaventurado Padre por su querida Hija.

---

LA HIJA

**P**RIMERAMENTE debes preguntar á tu querido Señor si le parecerá bien que todos los años renueves en sus manos, para volverlos á confirmar, tus votos, tu abandono general, y la total entrega de ti misma en la mano de Dios. Que especifique particularmente lo que más te conviene hacer, para que este abandono sea perfecto y sin excepción, de suerte que puedas decir verdaderamente: «Vivo, mas yo no, sino Jesucristo vive en mí.» Que para llegar á este fin nada te perdone tu querido Señor, ni te permita hacer ninguna reserva, pequeña ni grande; que te señale los ejercicios y prácticas diarias necesarias al efecto, á fin de que el abandono sea real y verdaderamente perfecto.»

RESPUESTA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Respondo en el nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, que será bueno, mi querida Hija, que todos los años renovéis y confirméis el perfecto aban-

dono de vos misma en manos de Dios. Para esto nada os perdonaré, y os quitaré toda palabra superflua respecto al amor, aunque sea justo, de todas las criaturas, y sobre todo de los parientes, casa, país, y aun de vuestro mismo padre, en cuanto sea posible, como también el pensar demasiado en estas cosas, sino sólo en las ocasiones en que el deber obliga á mandar ó dirigir los negocios precisos, á fin de practicar perfectamente esta palabra: «Sí, hija mía, oye esto, inclina tu oído, »olvida tu pueblo y la casa de tu padre.»

»Antes de comer, antes de cenar, y cuando vayáis á descansar y dormir, examinaos para ver si, según vuestras acciones precedentes, podéis decir sinceramente: Yo vivo, pero no yo, sino Jesucristo vive en mí.»

#### LA HIJA

«Deseo saber si habiéndose entregado el alma de este modo, no deberá, en cuanto le sea posible, olvidarse de todas las cosas por la continua memoria de Dios, y descansar en Él sólo, con una verdadera y completa confianza.»

#### NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Sí, debéis olvidar todo lo que no sea de Dios ó por Dios, y quedar en paz bajo el gobierno de Dios.»

#### LA HIJA

«¿No debe el alma, especialmente en la oración, tratar de atajar toda clase de discursos, industrias, réplicas, curiosidades y cosas semejantes, y, en lugar de mirar lo que ha hecho, lo que hará ó lo que tiene que hacer, mirar á Dios y simplificar así su espíritu, vaciándolo de todo cuidado de sí misma? ¿No deberá ha-

cer este ejercicio así en la oración como fuera de ella, quedando en esta sencilla mirada de Dios y de su nada, enteramente abandonada á su santísima voluntad, con cuyos afectos debe quedar contenta y tranquila, sin moverse de ningún modo para hacer actos con el entendimiento ni con la voluntad? Digo lo mismo en la práctica de la virtud y en las faltas y caídas; me parece que es menester mantenerse quieta, porque Nuestro Señor pone en el alma los sentimientos que necesita, y la ilustra perfectamente; y digo en todo y mil veces mejor que por todos los discursos é imaginaciones.

»Me diréis: «¿Y por qué, pues, salís de aquí?»

»¡Oh Dios mío! Es por mi desgracia y á pesar mío, porque la experiencia me ha enseñado que esto es muy dañoso; pero, no soy dueña de mi imaginación ni de mi espíritu, el cual, sin pedirme permiso, quiere verlo todo y arreglarlo. Por lo cual pido también á mi muy querido Señor el socorro de la santa obediencia, para detener á esta pobre imaginación, porque pienso que un mandato absoluto la impondrá más que nada.»

#### NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Pues que hace largo tiempo que Nuestro Señor os atrae á esta clase de oración, haciéndoos gustar los tan deseados frutos que de ella provienen, y conocéis por experiencia los daños que ocasiona el método contrario, estad firme y con la mayor dulzura que podáis, volviendo vuestro espíritu á esta unidad y simplicidad de pensamiento y abandono en Dios; y pues vuestro espíritu é imaginación desean ser ayudados con la obediencia, yo les diría así: «Querido espíritu é imaginación »mía: si Dios os hace conocer que quiere que ejercitéis »la parte de María, ¿por qué queréis desempeñar la de »Marta? Yo os mando, pues, que sencillamente os es- »téis ó en Dios ó con Dios, sin pensar en otra cosa y sin

»inquirir de Él otra ninguna, sino á medida que á ello os excite.»

Ciertamente, no se puede hablar con más claridad, ni distinguir mejor esas delicadas operaciones de la gracia.

En primer lugar, está muy bien marcado el carácter pasivo de esta oración. Dios es quien llama, pues no es posible ingerirse por sí mismo. Muy lejos de que la naturaleza pueda conducir al alma á ese estado, no quiere ni aun estar en él. Se necesita una operación extraordinaria de la gracia para sujetar á las potencias y obligarlas á permanecer en ese santo reposo. Algunas veces, cuando el espíritu es muy vivo y muy ardiente la voluntad, se tiene necesidad, como acabamos de ver, del socorro, de la obediencia y del mandato absoluto.

He aquí la diferencia entre ese estado y lo que se llama éxtasis ó raptó. En el éxtasis, la suspensión de las potencias es absoluta; en la oración de quietud no es más que moral. En el éxtasis pierde el alma toda libertad, todo movimiento propio del espíritu y de la voluntad. *Si es con su cuerpo ó sin su cuerpo* (1) como está arrebatada en Dios, es cosa que ni ella misma puede decirlo. Aquí, por el contrario, conserva el alma la libertad de todos sus actos; pero en el estado admirable en que se encuentra, para nada los necesita. Su única necesidad es el silencio, la admiración muda; el dulce descanso de la posesión. No pregunta como San Pedro, sino duerme como San Juan sobre el pecho de su amado. ¡Feliz sueño, por el cual manifiesta más amor á Nuestro Señor, y en el cual recibe más favores que en las meditaciones más elevadas y en los actos más heroicos.

Esto es lo que San Francisco de Sales se esforzaba en hacer comprender á la Madre de Chantal, siempre

(1) II Corinth, 2.º, 19.

temorosa de perder el tiempo en aquel santo reposo.

«No tengáis miedo—la repetía sin cesar,—estáis como un San Juanito; pues mientras que los demás comen de muchos platos en la mesa del Salvador por medio de diferentes consideraciones y piadosas meditaciones, vos, como este discípulo amado, descansáis con ese sueño amoroso sobre su pecho sagrado.

»Ese adormecimiento de vuestro espíritu entre los brazos del Salvador—añadía con mucho tino—comprende perfectamente todo lo que por vuestro gusto andáis buscando de una parte á otra.»

San Francisco de Sales acaba de aclarar todos estos difíciles puntos, inundándolos de luz con la bella comparación de la estatua, tan célebre entre los escritores místicos.

»Si una estatua—dice—á quien se hubiera colocado en un hueco en medio de la pared de una sala, tuviera entendimiento, y la preguntasen: ¿por qué estás ahí?—Porque—respondería—el escultor, mi dueño, me ha puesto aquí.—Pero ¿por qué no te mueves?—Porque quiere que esté inmóvil.—¿Qué provecho sacas de estar así?—No estoy aquí por ningún provecho ni servicio mío, sino por servir y obedecer á mi Señor y dueño.—Pero si tú no le ves.—No, pero él me ve y tiene gusto en que esté donde me ha colocado.—¿Pero, no querías tú tener movimiento para ir á su lado?—No, si él no me lo manda.—¿Conque tú no deseas nada?—No, porque estoy donde y como me ha colocado mi dueño.»

Esta es, pues, la cima de la perfección, y el alma no puede subir á mayor altura. El *Yo* ha desaparecido, la voluntad humana está aniquilada, ó más bien identificada con la de Dios. A cualquier parte que mire, sólo á su amado es á quien el alma ve; todo lo demás le parece nada, y en su mismo amado no ve ni su sabiduría, ni su poder, ni su felicidad; nada ve más que su voluntad. El cielo, la tierra, la vida, la muerte, los placeres, las

sequedades, los desconsuelos, los éxtasis, el reposo, el movimiento: todo es bueno para ella queriéndolo su Señor. Si un pensamiento distinto pudiese llegar á su corazón en medio de ese reposo, sería éste: *Fiat voluntas tua*. ¡Oh Padre! ¡oh Señor! ¡oh Amigo y Esposo mío! hágase vuestra voluntad, ahora, siempre y por siempre.

Éste era el estado de la Madre de Chantal. Así, hablando la Madre de Chaugy de su oración, decía: «Nada mejor se me ocurre para hacer entender lo que era su vida interior que decir: «Era un *Fiat voluntas* no interrumpido» (1). Y San Francisco de Sales, escribiendo á la Santa: «Acordaos—la dice—lo que tanto os he dicho y escrito en mi *Teótimo*, que hice expresamente para vos y las que se os parecen. *Sois la sabia estatua*; el Señor os ha puesto en el hueco que ocupáis; no salgáis de él hasta que Él mismo os saque (2).»

Sería, no obstante, un error, el imaginar que en este estado pasivo no puede hacer el alma acto ninguno sino á la fuerza, y contrariando la acción divina. «En este estado pasivo—dice la Madre de Chaugy—la santa Madre de Chantal no dejaba de obrar en ciertos tiempos, cuando Dios retiraba su operación ó la excitaba á ello; pero estos actos eran siempre cortos, humildes y amorosos» (3). Es menester notar aquí, con Bossuet, las dos causas que la volvían la libertad de su operación; es decir, esta operación extraordinaria que sujetaba sus potencias y la tenía felizmente cautiva bajo una mano omnipotente. La otra, cuando Dios mismo la excitaba á obrar con dulces convites, facilidades é inclinaciones, que sabe dar á los corazones cuando le agrada (4).»

Por esta razón respondía á la Madre Favre, que la pregunta si hacía actos en la oración: «Sí, hija mía,

(1) *Memorias*, p. III, cap. XXIV.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 446.

(3) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. III, cap. XXIV.

(4) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XXX.

cuando Dios quiere, y me lo manifiesta por el movimiento de su gracia, hago algunos actos interiores, ó pronuncio algunas palabras con la boca, sobre todo para desechar las tentaciones. No permita Dios que sea tan temeraria que presuma no tener nunca necesidad de hacer algún acto; y creo que los que dicen que no los hacen en ningún tiempo, no lo entienden; creo también que nuestra Hermana Ana María Roset los hace, aunque no los conoce; por lo menos yo se los hago hacer exteriores» (1). Véase cómo esta Santa prudente y sensata, que nada exageraba, trataba á los que imaginaban estar siempre pasivos; y en cuanto á sí misma, no sólo durante toda su vida, sino particularmente en la oración, mezclaba el estado pasivo con los actos; según se necesitaba ó creía necesitar.

Pero en esto, como en todas las cosas, estaba vigilante para no hacer más que aquello «que Dios quería, y le manifestaba por el movimiento de su gracia.» Se abandonaba sumisa y obediente á su voluntad, ora que la convidase á obrar, ora que la abandonase á sí misma, retirando su operación. Pasaba así de un estado á otro alternativamente, estando unas veces activa y otras pasiva, según agradaba á Dios; vicisitud notable en la vida de esta gran Santa, y que tenía por fin—dice Bossuet—el hacerla flexible bajo la mano de Dios, haciendo que se acomodase al estado en que la ponía, lo que producía en la Madre de Chantal las virtudes, sumisión y resignación admirables que se observan en ella durante su vida (2).

Este estado extraordinario, que la Santa no había experimentado primero sino en la oración, no tardó en experimentar también en la Misa, en la Comunión, en el Oficio, y muchas veces durante todo el día. Algu-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. III, cap. XXV.

(2) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XXX.

nas veces no era más que un relámpago, durante el cual quedaba en silencio con los ojos cerrados, unida á Dios con una simple mirada. Otras veces se prolongaba este estado horas enteras, pero sin hacerla perder ni su libertad de espíritu, ni la de su acción. Únicamente se conocía su estado, en que su rostro se ponía radiante, y revelaba, á pesar suyo, la altura á que estaba elevada.

Desde esta fecha, notan los historiadores en la Madre de Chantal un progreso marcado, y por decirlo así, un segundo paso en la perfección de su hermosa alma. El primero fué en el año 1606, y como resultado de una dirección sabia y prudente; el segundo se verificó de 1612 á 1615. Después de uno ó dos años de oración pasiva, se vieron de repente en la Madre de Chantal luces que aún no había tenido, sentimientos admirablemente profundos acerca de Dios, de las criaturas y de sí misma; un ardor de celo, un abandono á la voluntad divina, un desprecio de las cosas de aquí abajo, con no sé qué sed de humillaciones que enamoraba á todo el mundo. Pero dejémosla hablar otra vez, y en acabando la lectura de las preguntas que dirige á su santo director, veremos cómo su alma bellísima se despliega ante nuestros ojos, permitiéndonos ver los tesoros de fe, humildad y desasimiento, que la contemplación iba depositando sin cesar en ella.

LA HIJA

«Pregunto á mi muy amado Padre, si estando ya el alma totalmente entregada al beneplácito divino, no debe permanecer descansando en su Dios, dejándole el cuidado de cuanto atañe á ella, tanto interior como exteriormente, quedando, como decís, en el seno de su Providencia y voluntad, sin cuidado, atención, elección, ni aun deseo ninguno, sino que Nuestro Señor

haga en ella y por ella su santísima voluntad, sin impedimento ni resistencia de su parte. ¡Oh, Dios mío! ¿Quién me dará esta gracia sino Vos, buen Jesús mío, por las oraciones de vuestro siervo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«¡Que Dios os sea propicio, mi muy querida Hija! El hijo que se encuentra en los brazos de su madre, no necesita más que asirse bien de su cuello y dejarla hacer.»

LA HIJA

«¿No es cierto que Nuestro Señor tiene especial cuidado de mandar todo cuanto es necesario y conveniente á un alma, que de este modo se ha entregado á Él?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Las personas de esta clase le son tan caras como las pupilas de sus ojos.»

LA HIJA

«¿No deberá esta alma recibir todas las cosas de su mano, aun las menores y más pequeñas, y pedirle consejo para todo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Realmente nos quiere Dios, y desea que seamos como niños pequeñitos. Pero es preciso no ocuparse en atenciones superfluas, inquiriendo la voluntad de Dios en todas las particularidades de las acciones, aun las más pequeñas, comunes y ordinarias.»

LA HIJA

«¿No sería un buen ejercicio estar muy atenta (aunque sin una atención penosa) á permanecer tranquila

en la voluntad de Dios, en esas mil pequeñas ocasiones que nos contrarian y disgustan (las grandes se ven de lejos), como el de impedirnos un consuelo que parecía útil y necesario, ó el de hacer una buena acción, una mortificación, esto ó aquello que parecía bueno, y en lugar de esto verse sin hacer nada, y tal vez impedida ó imposibilitada de hacer este bien por alguna acción inútil, ó por cosas peligrosas y malas?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«No consintiendo en las cosas malas, la indiferencia debe practicarse en todo lo demás, y someterse en todas las cosas al gobierno de la Providencia.»

LA HIJA

«Hacerse fiel y pronta á la obediencia y observancia de las reglas cuando se hace la señal... ¡ Hay en esto tantas ocasiones de mortificarse en las cosas pequeñas! Porque sorprende muchas veces la campana en medio de una cuenta ó de una acción, y se siente mucha pena en dejarlo todo al instante; no se necesita para acabar la labor más que tres puntadas, una letra más que escribir, calentarse un poco, ¿qué sé yo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Sí, es muy bueno no apegarse á nada tanto como á las reglas, de modo que, no siendo en alguna ocasión señalada, id adonde la regla os llama, y procurad que ésta sea siempre más fuerte que esos pequeños atractivos.»

LA HIJA

«Dejarse gobernar absolutamente en lo que toca al cuerpo; recibir sencillamente todo cuanto se nos dé ó

se nos haga, esté bien ó mal arreglado, sea según nuestro juicio ó no, sin decir una sola palabra ni manifestar ningún desagrado; tomar los alivios de dormir, descansar, calentarse, y dejar algún ejercicio penoso ó de mortificación; decir de buena fe lo que se puede hacer, y si se insiste en contra de nuestro dictamen, ceder sin decir nada. Este punto se importante, y muy difícil para mí.»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Es menester decir de buena fe lo que se siente, pero de tal modo que esto no quite la confianza y el valor de replicar á los que tienen cuidado de vos; por lo demás, el hacerse perfectamente flexible es lo que deseo mucho de vuestro corazón.»

LA HIJA

«Inclinarse con gran dulzura á la voluntad de los demás en cuanto se conozca, aunque fácilmente pudiera uno evadirse y esquivar la ocasión, esto es un poco difícil, pues es no dejarse nada á sí mismo. Porque ¿cuántas veces querría uno un poco de soledad ó de descanso, algún rato de tiempo para sí? No obstante, se ve una Hermana que anda alrededor, que se acerca, que quisiera este cuarto de hora para ella, que querría una palabra, una caricia, una visita, ¿qué sé yo?»

EL BIENAVENTURADO PADRE

«Es menester tomar el tiempo conveniente para sí, y esto hecho, encontrar el necesario para servir á las Hermanas.»

LA HIJA

«Pido, por el amor de Dios, socorro y ayuda para humillarme; pienso ser muy atenta en no decir nunca